

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DIVISIÓN DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LAS REVOLUCIONES EN MÉXICO (CEREM)

ARTÍCULO

EDUCACIÓN, POLÍTICA E IDEOLOGÍA

Elaborado por: Maestro Antonio Sandoval Avila.

Centro de Estudios sobre el Cambio y las Instituciones (CESCI) del Departamento de sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

Avenidas Alcalde y De los Maestros, ala poniente del edificio de la Ex-Facultad de Derecho, primer piso. Sector Hidalgo. C.P. 44260. Guadalajara, Jalisco. México.

Tel. y Fax (01-33) 3854-09-43

Domicilio particular: Caracol 2840. Col. Verde Valle. C.P. 44550

Guadalajara, Jalisco, México.

Teléfono (01-33) 3121-06-40

e-mail: antonios@cencar.udg.mx

Resumen

El trabajo consiste en una reflexión acerca de la necesidad de formar a los nuevos actores sociales capaces de pensar más allá de lo pensado para abordar la complejidad del actual contexto globalizado que les permita tener una visión de conjunto del momento histórico que vivimos y que, mediante nuevas formas de pensamiento y acción política hagan realidad un modelo de desarrollo alternativo sostenible que haga posible que la política económica sea también una política de integración social.

El contexto

La forma en que hemos construido el mundo no ha sido la mejor para el desenvolvimiento y desarrollo del hombre. La política económica dejó de ser una política social a pesar de que la mejor política social es una política económica que mantenga bajos los niveles de desempleo que permita a los trabajadores y a sus familias satisfacer sus necesidades y ser autosuficientes. Esta sería la mejor forma de prevenir los problemas sociales como los que actualmente enfrenta nuestra sociedad (Rodríguez, 1993: 277-282).

Pero la justicia social no forma parte de la ideología del libre mercado. El discurso político se orienta hacia la dinámica institucional, la estrategia de los actores políticos, y los condicionamientos económicos, sin considerar debidamente la experiencia diaria de la gente y los problemas que presenta la vida cotidiana.

La globalización de las actividades económicas que llevó a la reducción del Estado de bienestar condujo a la exclusión social. Las transformaciones del mundo globalizado han llevado a la aparición de una nueva cultura en la que las personas están cada vez más lejos del poder y sienten una creciente indiferencia por las instituciones de la sociedad que se desmoronan, y ven individualizado su trabajo y sus vidas (Castells, 1999: 369-394).

En estas circunstancias, la matriz societal de los últimos cuarenta años comienza a diluirse. Hoy se asoma un nuevo tipo de sociedad en la que lo único que le da sentido a ésta es el mercado. Están surgiendo nuevas situaciones y comportamientos emergentes: desigualdad, pobreza, marginación. Se está dando un nuevo sujeto sin derecho que no reconoce el derecho del otro y atenta contra él porque es negado por la sociedad.

Están surgiendo nuevos actores sociales. Unos son las transnacionales que determinan la lógica de la sociedad. El Internet que no se ve pero que está generando un cambio en la sociedad. Otros actores (sobre todo jóvenes), se constituyen a partir de un evento (fans de artistas, de equipos deportivos, o de grupos musicales por ejemplo) y algunos no tienen estructura ideológica. No determinan la historia pero están incidiendo en otros ámbitos de la sociedad.

En algunos actores hay desconexión con el tiempo. Se guían por el inmediatez, sólo importa el presente, no el pasado ni el futuro. A veces, entre algunos actores no hay un eje que una la acción individual con la colectiva, y en ocasiones están anclados en lo local.

Los partidos políticos representan a la clase política pero no a la sociedad y sus demandas. Algunos actores políticos todavía están centrados en una forma de hacer

política cupular y pragmática muchas veces centrada en temas que aparecen lejanos a las preocupaciones de la gente. No se ven con claridad programas coherentes e integrales que conviertan el bienestar de la sociedad en tarea prioritaria, que superen la retórica y los esfuerzos aislados que se han hecho hasta ahora en ese sentido y que son valiosos pero insuficientes (Rodríguez, 1993: 277-282).

Así, el hombre ha ido conformando el mundo más y más en un campo de fuerzas a su servicio, pero para el beneficio de unos pocos en detrimento de muchos. De esta manera, unos hombres son violentados por otros a través de estructuras que se van conformando en las zonas penumbrosas de la historia común y que existen sin que se sepa bien que existen.

Esta violencia estructural se disimula tras obviedades que van de suyo en la vida económico-social común, en el derecho establecido y consuetudinario, y en el orden político a partir de estructuras ocultas. Ni opresores ni oprimidos se dan cuenta, a veces, que las cosas podrían ir de otra manera.

Contra esta violencia estructural se alza la violencia revolucionaria que cree que la violencia no se puede vencer más que con la violencia. No es que pretenda implantar la violencia como principio, sino sólo combatir la violencia estructural a fin de reorganizar un mundo en el que ya no se dé más la violencia.

El marxismo, que puso al descubierto las estructuras ocultas, constituye la crítica científica por excelencia de éstas y de la violencia estructural, pero es un sistema que restringe demasiado la libertad individual en nombre de la libertad de todos. Quizá pueda eliminar la opresión y violencia estructurales, pero a costa de un sistema de coacción colectiva.

Ha de ser posible instaurar un sistema común de tal suerte que todo el mundo tenga libertad de movimientos y de acción. De suprimir la libertad de oprimir a los demás sin necesidad por eso de estrangular o poner en un aprieto la libertad de todos. De eliminar la violencia estructural sin tener que caer en una opresora dictadura como la que montó Stalin por ejemplo (Kuant, 1968: 96-101).

Gramsci entiende por estructura el conjunto de fuerzas materiales del mundo de la producción, los grupos sociales (clases) y sus funciones. Y por superestructura político-ideológica hace referencia al conjunto de representaciones, significaciones, (de la política, la moral, las artes, la filosofía, la religión, etc.) y valoraciones de las acciones de los hombres. En este contexto atribuye un papel fundamental a los intelectuales como agentes sociales que se encargan de elaborar los vínculos orgánicos entre ambas elaborando las visiones del mundo desde la perspectiva de los intereses de clase.

El problema

Es en el ámbito de lo cotidiano donde se entrecruzan los macroprocesos con los microprocesos. Es en este ámbito donde se articulan también, además de estas dos esferas de la vida social, la estructura económica y la superestructura ideológico-política cuya vinculación orgánica es asegurada por una capa social diferenciada. Esto nos remite al concepto de hegemonía que Gramsci entiende como la difusión de la ideología del

grupo dominante a los grupos subordinados y su conversión en sentido común (Solano, 1992: XIV-XVIII, 25-32).

Lo cotidiano, que precisamente por ser tal no ha sido valorado como merece, hoy se ha vuelto visible como consecuencia de la ruptura que ha sufrido la sociedad. Estamos ante una sociedad global plural cada vez más empobrecida pero también cada vez más exigente, más diversificada política, ideológica y organizativamente, que no confía mucho en las instituciones del Estado, ni en los partidos, ni en los actores políticos.

Una sociedad marginada de la participación política y la toma de decisiones que, frente al desencuentro de sus relaciones con el Estado por la sordera de éste para oír sus reclamos, y ante la incapacidad de las instituciones para captar, procesar eficazmente las demandas, negociar las soluciones, dirimir los conflictos, y atender las necesidades de la población, ha sido orillada a manifestarse pública y colectivamente para generar fuerza y presencia para hacer valer sus derechos e intereses. Mientras que las instituciones, encerradas en su dogmatismo, continúan ahondando el desajuste de sus relaciones con la sociedad alimentando de esta manera la inconformidad y generando con ello cada vez mayor conflictividad que en algunos casos, para dirimir las controversias, ha rebasado desgraciadamente con éxito la legalidad.

Estamos ante una sociedad frustrada, irritada, harta. Debemos entender el mensaje. Valorar en su verdadera dimensión las manifestaciones populares de los diversos sectores de la sociedad. Todos tenemos algo que hacer y es necesario que juntos nos apliquemos a la tarea antes de que sea demasiado tarde. Los problemas que aquejan a la sociedad son todos complejos, graves y urgentes, y exigen nuestra atención para hoy, no para mañana (Valdés: 2000: 18).

La causa de la violencia e inestabilidad política en América Latina es en gran medida resultado del rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos en un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas. El rápido proceso de modernización no se ha acompañado de un cambio igual en las instituciones políticas que de a éstas las condiciones de adaptabilidad y coherencia necesarias para canalizar eficazmente la participación política. El rápido cambio social amplía la conciencia política, multiplica las demandas de los diversos sectores sociales, y ensancha su participación. Estos cambios socavan los fundamentos tradicionales de la autoridad y de las instituciones políticas tradicionales.

Mientras los ritmos de movilización social y el auge de la participación política son elevados, los de la organización e institucionalización política son bajos. El resultado es la inestabilidad y el desorden. Esto es, hay una brecha entre el desarrollo económico y el político porque se considera que el primero promueve el segundo, cuando en realidad esto no es necesariamente así. En algunos casos el desarrollo económico puede contribuir a la estabilidad política, en otros es posible que le provoquen un severo debilitamiento. Del mismo modo, algunas formas de estabilidad política pueden estimular el desarrollo económico, otras en cambio, producen el efecto contrario.

Mientras algunos países de la región con economías menos desarrolladas cuentan con sistemas políticos más evolucionados, otros con mejores economías se encuentran sumergidos en el desorden político. Sin embargo, las políticas de ajuste estructural, la creciente terciarización de la fuerza de trabajo y la creciente marginalización, han

coincido con procesos de consolidación de regímenes democráticos (Huntington, 1994: 7-9, 16-17).

En estas circunstancias, es necesario considerar la pobreza como un problema de la sociedad del cual todos debemos sentirnos responsables. No es sólo responsabilidad del Estado, ni sólo responsabilidad de la sociedad. Es responsabilidad tanto del Estado como de la sociedad en su conjunto dentro de la cual, con base en la solidaridad, existe la obligación de atender a los miembros o grupos de ésta que están pasando apuros. Además, hay problemas sociales como la educación, la salud, la contaminación, la seguridad, etc. en los que difícilmente los ciudadanos pueden hacer algo eficaz en forma particular sin la intervención del Estado (Torche, 1993: 283-289).

Sin embargo, a pesar de que la acción social y los proyectos políticos son esenciales para mejorar la sociedad que necesita claramente cambio y esperanza, a lo largo de las dos últimas décadas muchos de nosotros hemos aprendido a vivir con la tensión y la contradicción entre lo que observamos y lo que nos gustaría que pasara.

Esta no será una era tenebrosa, pero tampoco procurará a la mayoría de la gente las prodigalidades prometidas por la más extraordinaria revolución tecnológica de la historia. La presente situación prevalecerá a menos que se emprenda una acción consciente para compensar estas tendencias.

El desafío

Ya es hora de interpretar el mundo de forma diferente. El sueño de la ilustración de que la razón y la ciencia resolvieran los problemas de la humanidad, está a nuestro alcance. Sin embargo, existe una brecha entre nuestro desarrollo tecnológico y nuestro subdesarrollo social. Nuestra economía, sociedad y cultura están construidas sobre intereses, valores, instituciones y sistemas de representación que, en general, limitan la creatividad colectiva, confiscan la cosecha de la tecnología de la información y desvían nuestra energía a una confrontación autodestructiva.

Este estado de cosas no tiene por qué ser así. No hay nada que no pueda ser cambiado por la acción social consciente e intencionada provista de información. Si las personas están informadas, son activas, y se comunican. Si la cultura se construye desde la experiencia. Si emprendemos la exploración de nuestro yo interior.

Ante esta situación resulta preocupante cómo se construyen los nuevos sujetos y cómo éstos construyen su historicidad, así como la necesidad de construir un discurso que todavía no se asoma. El discurso que se construye es referencial, describe lo que está pasando pero no hay en él sujetos (Castells, 1999: 369-394).

El nuevo reordenamiento económico-social, político, técnico-científico y cultural conocido como globalización, asociado a políticas neoliberales adoptadas por los países desarrollados e impuestas a los países en vías de desarrollo como la única solución a la crisis que viven, y cuya dinámica sustentada en la calidad y la excelencia basada sólo en valores materiales, ha sido adoptada con más o menos rapidez por instituciones de educación superior tanto públicas como privadas.

Lo anterior ha llevado al síndrome de analfabetismo moral que rinde culto a la información, la tecnificación y el desarrollo tecnológico, así como al crecimiento económico, que por sí mismos no aseguran automáticamente la equidad social ni eliminan por tanto, la exclusión, ni contribuyen a la preservación del medio ambiente.

Esto ha puesto en evidencia cómo la humanidad está hoy más que nunca necesitada de valores. Aunque los valores son una referencia obligada tanto en los discursos políticos como educativos, en los planes y programas de estudio no se encuentran éstos de manera explícita y la acción educativa en este sentido es un espacio vacante, como si la formación e integración de valores se dieran por “arte de magia”. No se da importancia al desarrollo de la conciencia. En este sentido, se carece de acciones eficaces para formar hombres y mujeres justos, responsables, comprometidos y críticos de su papel ante las necesidades humanas (Cardona, 2000: 18, 23-31).

No ser conscientes de los problemas significa reproducir el discurso de la ideología dominante, prolongar los usos utilitarios de las ciencias sociales, apelar al individualismo que prevalece en esta sociedad posmoderna (Aceves, 1994: 45).

No sólo hay dos sectores en la sociedad: el Estado y el mercado, en el medio está la esfera de la sociedad civil. Una democracia que funciona bien, dice Giddens, ha sido comparada con un taburete de tres patas: el gobierno, la economía y la sociedad civil, que han de estar en equilibrio. Ninguna puede predominar sobre las otras sin consecuencias nefastas (Giddens, 2000: 81-95).

El propio desarrollo de la estructura vital moderna implica un incremento de las tareas de gobierno. Esto se puede considerar como una necesidad relacionada con el desarrollo de la estructura de vida. No es posible llevar a la realidad la manera de vivir moderna que el adelanto científico y tecnológico ha hecho posible, y mantener limitada la tarea de la autoridad. El Estado debe cuidar de todo aquello que viene corrientemente indicado como “interés general” Las autoridades modernas de los Estados-Nación no pueden ni deben tolerar que funcionen mal o no funcionen las provisiones que corresponden al marco del interés general (Kuant, 1968: 103-108).

Pero los países ricos democráticos parecen no entender muy bien esto porque su sistema económico produce violencia estructural contra los países económicamente menos prósperos, y viven en parte de esa violencia ¿Cómo van a sumarse a la lucha contra algo a lo que en parte deben su existencia y su situación privilegiada? El Occidente ha desarrollado la ciencia como poder, pero el resto del mundo se está occidentalizando para independizarse de occidente (Solano, 1992: XIV-XVIII, 25-32).

El nuevo orden mundial debe implicar cambios no sólo en los órdenes económico, político, etc. sino también en el aspecto educativo y social que conlleve una profunda reflexión sobre el desarrollo humano, su vinculación con los problemas cotidianos, y la responsabilidad de la conducta humana en cuanto a la convivencia armónica entre los hombres y de éstos con el entorno físico.

Es necesario un cambio en los compromisos y acciones educativas que generen nuevos conocimientos y promuevan la formación de profesionales y políticos verdaderamente responsables y sensibles a los problemas de su entorno.

Sin embargo, tenemos un sistema educativo al que le sobran discursos y que, en el mejor de los casos, prepara para el trabajo pero carece de acciones eficaces para formar hombres y mujeres comprometidos con la vida (Cardona, 2000: 18, 23-31).

Nuestro sistema de enseñanza tan “racional” está pensado más en función de las materias que ha de dominar el alumno que en función del alumno mismo. Es cierto que no todo el mundo es suficientemente dotado para emitir juicios de calidad, pero también lo es que muchos dotados para el juicio crítico no lo han desarrollado porque no han tenido ocasión u oportunidad.

La dificultad está en el poco uso que hacemos de la crítica que no se fomenta en los sistemas educativos formales. A pesar de que la organización social misma no es posible sin la capacidad de creación puesto que las formas de organización, los instrumentos, y los procedimientos necesarios para la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales, son consecuencia directa de los procesos creativos, este tema, por lo general, no se fomenta. Pocas veces es abordado por los educadores quienes dejan a la espontaneidad el desarrollo de la creatividad.

Los mecanismos mentales de la creación funcionan rompiendo las cadenas de la experiencia previa. En este sentido, el proceso de creación está en íntima relación con el hombre crítico e independiente capaz de buscar alternativas y hacerlas realidad. Lo anterior está en íntima conexión con la constitución de sujetos sociales capaces de recrear su mundo estructurado de acuerdo con sus propias necesidades e intereses. Esto tiene que ver con el proceso de interacción entre el sujeto y su ambiente. El dogmatismo imposibilita este diálogo porque es más fácil entenderse con la seguridad de lo conocido que aventurarse a buscar. Nuestro conservadurismo se revela casi siempre en la pertinaz subsistencia de las normas. Así, tenemos que habérmolas con cadenas artificiales que nosotros mismos nos hemos forjado y echado al cuello, y no es nada fácil sacudírselas (Kuant, 1968: 7-8, 164, 181-183).

La coyuntura

Con base en la idea de que la academia no es ideológicamente neutra, y que los cambios deben ser de abajo para arriba, debemos aprovechar por un lado, la coyuntura en el sentido que la política, marcada en sus contenidos y estilos por grandes y omnicomprensivas visiones ideológicas, ha ido cediendo paso a una política más profesional y técnica, y por otro, el hecho de que la sociedad actual, más plural y menos ideologizada, ha ido construyendo consensos sobre aspectos fundamentales de la vida social como la valoración de la democracia, el respeto a los derechos humanos, la conservación del medio ambiente, etc. que es necesario tomar en cuenta tanto para considerar nuestra participación conjunta con ella, como para la definición y aplicación de las políticas públicas. Además, considerar también que están surgiendo nuevos actores que están construyendo una nueva identidad recuperando la conciencia histórica y luchando por su emancipación política liberándose de la adhesión acrítica a esquemas teóricos o ideológicos para construir su práctica social atendiendo a su propia experiencia.

Esto representa una oportunidad para que los políticos y los partidos asuman nuevos temas y nuevos estilos que le den un sentido más humano a su quehacer. Ello

plantea el desafío de vivir la política de acuerdo a principios y valores sancionados por la sociedad, y de pensar el mundo desde la ciencia y la ética.

La reflexión académica debe dotar de nuevos contenidos y valores al pensamiento y la actividad política que la alejen del riesgo del puro pragmatismo y de convertirse en una mera administración del poder por el poder. El rol de los partidos políticos no puede desligarse de los derechos de las personas, de la dignidad humana, ni ser ajeno a los deberes del Estado y sus limitaciones. La actividad política debe trascender los intereses sectoriales y discutirse en el marco más amplio de una política integral que recoja las aspiraciones de la gente en la perspectiva del bien común.

La política no es sólo un espacio de negociación de leyes, decretos y sentencias, ni un proceso electoral. Incluye no sólo a los actores políticos sino también a todos los actores sociales, sus prácticas, su cultura, sus sentimientos, sus necesidades y sus aspiraciones. Lo político puede concebirse como el proceso que permite hacer lo posible viable y convertir lo viable en realidades concretas.

La sociedad se organiza para ser feliz y valora lo que es mejor y lo que es peor; lo que es justo y lo que es injusto, con base en valores de los que deduce la validez moral de toda costumbre. Valores que no sólo manifiestan lo que es, sino también lo que no es, lo que quiere ser, lo que busca ser, lo que piensa que debe ser.

En este contexto, abordar la problemática de la sociedad de manera conjunta por los académicos de las diversas disciplinas sociales no constituye meramente un ejercicio académico. Colocar en el centro del discurso político esta preocupación implica dejar de asumir la política como acto de los grandes hombres para enmarcarla en la lucha histórica de los movimientos sociales.

Hacer una reflexión sobre la sociedad, que es un tema ligado a los sentimientos de felicidad e infelicidad de las personas, tiene una enorme complejidad tanto por sus consecuencias como por la diversidad de sus connotaciones que le otorgan un rasgo de integralidad que hacen que su abordaje no resulte fácil. Sin embargo, resulta importante en la perspectiva de ir construyendo una posición sobre el tema, de contribuir al debate sobre el mismo, y de avanzar en el diagnóstico que permita la elaboración de propuestas tendientes a la prevención o resolución de los problemas sociales (Mena, 1993: 5-14).

En este marco cobra relevancia la especial responsabilidad de los académicos de las ciencias sociales solidarios, críticos y comprometidos, interesados en sustituir la lógica dominante del mercado por otra que busque nuevas formas de pensamiento y acción social y política que haga realidad un modelo de desarrollo alternativo sostenible (Touraine, 1999: 33, 95-111).

La sociedad tiene la capacidad de cambiar y de reinventarse a sí misma. Entonces, pregunta Touraine ¿Cuál es el papel de los académicos de las ciencias sociales? Si hubiese un sistema político enteramente democrático y transparente, o un movimiento social ideal autoconsciente y organizado, su papel sería secundario, y agrega:

Pero cuando el mercado reemplaza al Estado como principal fuerza reguladora de nuestra sociedad, cuando la economía domina a ésta y actúa sobre ella en función de sus

propios intereses; cuando la inversión productiva progresa menos que la inversión financiera; cuando disminuye la producción, el reparto del trabajo, se desatiende la educación y la salud entre otras cosas; se desprotege a los jubilados y pensionados, y se incrementan las desigualdades y cuantas formas de marginación y exclusión son posibles; cuando se atiende menos a la justicia social en provecho de la eficacia económica; cuando el Estado por burocratización, corrupción, por la presión e irresponsabilidad económica de grupos financieros, asigna mal los recursos, hace mal uso de ellos, y desatiende cada vez más las desigualdades sociales por ausencia de políticas de redistribución del ingreso, o porque no sabe defender su economía, o porque se ve arrastrado por los desequilibrios de sus propios sistemas financieros, entonces, ante esta situación, se hace más necesaria la participación de los académicos de las ciencias sociales que se vuelve imprescindible para definir el momento histórico que vivimos y para luchar contra la fracturación social y a favor de un desarrollo sostenible.

No se trata dice, de elegir entre un Estado absoluto o un mercado absoluto, sino de buscar que la protesta de la sociedad no se convierta en una mera denuncia sin perspectivas; de contribuir a la formación de nuevos actores sociales e indirectamente, a nuevas políticas económicas y sociales. De recuperar la capacidad del país para actuar dentro de sí mismo para reducir la disociación entre la economía y la política (Touraine, 1999: 113-123).

Las tareas pendientes

En el actual contexto dominado por el libre mercado, generalmente la relación de conocimiento que establecemos con la realidad se reduce a la lógica de control que ha dado lugar a lo que se ha definido como la razón instrumental, en la que todo lo que no queda dentro de sus parámetros teóricos, ideológicos, valóricos y culturales, no tiene sentido. Entre las premisas teóricas y la práctica social que se supone derivar de un determinado conocimiento, están estas mediaciones parametrales que en ocasiones nos impiden ver realidades subyacentes y por tanto, futuros que no sean los que muestra el discurso del poder. Es fácil vivir en esta inercia porque representa comodidad porque no se plantea problemas. Es más sencillo no hacerse preguntas o creer en las respuestas de otros. Es más difícil vivir problemáticamente pero creciendo como individuos.

Lo anterior implica no sólo adoptar una postura frente a la realidad que estamos viviendo, sino también una serie de cuestionamientos que hay que poner en la mesa de discusión. Según Zemelman, cuando se enfrentan estrategias de desarrollo orientadas al servicio de las minorías a costa de las mayorías, esto supone correlativamente tener que atender las cuestiones relativas a su legitimidad así como lo concerniente al futuro de la sociedad (Zemelman, 1997: 99-112), y agrega que los países pueden tener muchos futuros, lo cual implica elegir uno, pero, dice, este futuro no es algo que hay que esperar a que llegue sino que existirá en la medida que lo construyamos (Zemelman, 1998: 63-89).

Habría que cuestionarse desde qué ángulo estamos construyendo el conocimiento y cuál es su sentido. El conocimiento no es sólo un producto, es también una forma de pensar ese producto para a partir de él construir nuevas realidades ¿Para esta construcción, el conocimiento que las ciencias sociales están produciendo es suficiente y pertinente? ¿Qué tipo de conocimiento es el que debemos aportar? ¿Es cierto que no podemos crear tecnología? ¿Cómo nos relacionamos con la realidad contextual que nos

determina? ¿Cuáles son las implicaciones éticas de nuestro actuar y de nuestro discurso científico? ¿Cuál es nuestra responsabilidad concreta? ¿Nuestro trabajo se reduce sólo a la denuncia? ¿Cómo convertir en realidad la posibilidad de que los excluidos del sistema se transformen en actores sociales con la ayuda de la educación popular? ¿Cómo luchar para pasar de las protestas y de la defensa de los derechos de unos a la conciencia cultural como colectivo y a la defensa de los derechos de todos? ¿Cómo contribuir para pasar de la revuelta ocasional a la acción política constante? ¿Qué hacer para que la política económica sea también una política de integración social y de lucha contra la exclusión? ¿Debemos ser los académicos sólo agregadores de demandas o actores sociales generadores de proyectos? ¿Debemos constituirnos en un movimiento y organizarnos para la acción colectiva con base en un proyecto social a lograr?

Dada la rapidez con que cambia el contexto ¿Contamos con instrumentos ágiles de diagnóstico para hacer la lectura de nuestras realidades contextuales que, independientemente de su grado de sofisticación, sean fáciles de usar pero que recojan en breve plazo la riqueza de información que se requiere para actuar con bases sólidas en la transformación de la realidad y tomar las decisiones pertinentes a corto, mediano y largo plazo según el caso?

¿Cómo articular el conocimiento especializado, esto es, los insumos teóricos provenientes de las distintas disciplinas sociales que traducen nuestra realidad a objetos propios de cada especialidad, para dar cuenta de nuestro contexto histórico para tener una visión de conjunto para poder establecer una relación de conocimiento con él que es mucho más complejo que eso? ¿Cómo trascender la atomización del conocimiento para entender el momento histórico que vivimos? Esta tarea no es sencilla porque cuando se ha estado inmerso en la formación disciplinar es difícil romper con ella. El pensamiento se rigidiza al estar prisionero de ciertos parámetros que a veces, dificultan plantearse los problemas de una manera distinta y abrirse al reconocimiento de nuevas realidades. El problema es desajenarnos de los factores que conforman nuestra forma de pensar (Zemelman, 2000).

Conclusiones

El gran desafío que tenemos los académicos de las ciencias sociales como otros, es la decisión de adoptar una postura ante la problemática social, adoptar nuevas formas de pensar y de actuar en el cambiante entorno conformado por un mundo cada vez más complejo y globalizado. De encontrar formas de pensar enfocadas a la búsqueda de sentido de la vida que se traduzcan en un esfuerzo integrado de la sociedad global que redunde en mejores niveles de bienestar para todos.

Rescatar como dice Touraine, formas de pensar fuera del discurso dominante para no confundir la crítica activa al capitalismo neoliberal, con la crítica a la irresponsabilidad gubernamental, y con la denuncia global de la economía moderna, para indicar de dónde proviene el verdadero peligro y dejar por tanto de poner bajo sospecha todos los aspectos de la economía (Touraine, 1999: 95-111).

O, como dice Zemelman, rescatar, formas de pensar que rompan con los parámetros de la macrológica del poder que trata de convencernos que es inexorable y por tanto, trazarse estrategias económicas alternativas a la neoliberal es imposible. Que la

tecnología por sí misma es progreso y necesariamente lo bueno, y que, como no tenemos capacidad para generarla, lo que debemos hacer es adueñarnos de ella. Que hay que sujetarse a las exigencias del modelo económico global para el que lo que importa es la eficiencia y, por tanto, no requiere gente que piense, sino que acepte sin crítica pasar a formar parte de lo que se ha dado en llamar “capital humano” que sólo requiere saber comportarse según las exigencias del mercado (Zemelman, 2000).

A este respecto Morin dice que el conocimiento científico no puede tratar únicamente los problemas epistemológicos, filosóficos y éticos y agrega que el principal obstáculo para el conocimiento se encuentra en nuestro medio intelectual (Morin, 1999: 6). Tenemos un sistema educativo al que le sobran discursos y que en el mejor de los casos prepara para el trabajo pero carece de acciones eficaces para formar hombres y mujeres comprometidos con la vida (Cardona, 2000: 18, 23-31).

Hay un desfase entre nuestros saberes disciplinares desunidos y los problemas multidimensionales, transnacionales, globales. La ignorancia del todo progresa igual que el conocimiento de las partes. La educación debe promover una inteligencia general que capte lo complejo del contexto. Que promueva la conciencia ecológica en el sentido de que todos habitamos la misma esfera viviente. Que atienda al estudio de la complejidad humana, y que promueva la conciencia de nuestra humanidad que conduzca a una solidaridad recíproca de todos para todos, que alimente la aspiración a la convivencia armónica sobre la tierra, y que evite que en los antagonismos entre naciones, entre modernidad y tradición, entre democracia y dictadura, entre ricos y pobres, entre religiones, entre laicismo y religión, se mezclen los intereses estratégicos y económicos antagónicos de las grandes potencias y multinacionales dedicadas a la obtención de beneficios (Morin, 1999: 12, 15-17, 23, 36, 41-42)

El tema tiene muchas aristas, puede enfocarse desde muchos ángulos; implica el análisis de una gama amplia de categorías. Requiere por tanto una discusión al menos de mediano plazo para abordarlo y discutirlo con mayor profundidad. Los problemas de la actual sociedad latinoamericana son tan complejos, que se requiere no sólo sumar el esfuerzo y el compromiso de los académicos de las ciencias sociales y de otras disciplinas de América Latina y el Caribe, sino sobre todo del enfoque académico multidisciplinario. De aquí se deriva la necesidad de consolidar espacios académicos para la reflexión multidisciplinaria cuyas conclusiones conformen una agenda latinoamericana de discusión que promueva el debate sobre los planteamientos teóricos alternativos al neoliberalismo y su relación con las necesidades sociales emergentes en el actual contexto latinoamericano, que redunde en una decisión acerca de construir o no una aproximación a un metarrelato que explique un proyecto social a lograr, el tipo de sociedad y de desarrollo social que deseamos, y la organización ad hoc para convertir la utopía en una realidad concreta con el objetivo de lograr en bloque, en un proceso de integración regional, un desarrollo mayor y más rápido al que podría alcanzar cada país en lo individual.

Lo anterior requiere una conciencia colectiva lo cual implica una ampliación de la conciencia histórica interpretada como una conjugación entre conciencia teóricamente informada y la voluntad para actuar y reaccionar sobre las circunstancias (Zemelman, 2000). Como dice Inciarte usando las palabras de Ortega y Gasset, somos nosotros y nuestras circunstancias, y si no las salvamos a ellas no nos salvamos nosotros. Sólo a través del

entorno podemos integrarnos y ser nosotros mismos. Y nuestras circunstancias son económicas, políticas, culturales, donde se supone que debemos recuperar una memoria para vivir el presente y reconstruir el futuro. Dentro del entorno se nos abre una variedad de caminos y de posibilidades de hacer y de ser, ante el cual no tenemos más remedio que elegir y por tanto, ejercitar nuestra libertad (Inciarte, 1986: 23).

Esta no es una tarea sencilla, supone un esfuerzo no sólo intelectual, sino de promover un debate que no es fácil porque el análisis de los problemas es parte del contradiscurso que, como todos los contradiscursos, generalmente suelen tener muchas cosas en contra y muy pocas a favor (Zemelman, 2000). Sin embargo, a pesar de tan enorme dificultad, vale la pena hacer el esfuerzo.

Sobre todo lo aquí dicho, como dice Zemelman, podemos estar en acuerdo o en desacuerdo, pero no podemos dejar de discutir el acuerdo o el desacuerdo. Tenemos primero que discutir para luego saber qué hacer, para después saber en qué camino movernos (Zemelman, 1999: 209-223).

Bibliografía

1. Aceves Lozano, Jorge. *Sobre los problemas y métodos de la historia oral*, en Graciela de Garay (coord.) La historia con micrófono, Instituto Mora, México, 1994, p. 45.
2. Cardona Sánchez, Arturo. *Formación de Valores: teoría, reflexiones y respuestas*, Grijalbo, México, 2000, pp. 18, 23-31.
3. Castells, Manuel. *La era de la información*, volumen III, Siglo XXI, México, 1999, pp. 369-394.
4. Giddens, Anthony. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 81-95.
5. Huntington, Samuel. *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, 4ª reim. 1994, Buenos Aires, pp. 7-9, 16-17.
6. Inciarte, Esteban. *Ortega y Gasset: una educación para la vida*, SEP-Ediciones El Caballito, México, 1986, p. 23.
7. Kuntz, R.C. *La crítica hace al hombre*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1968, pp. 7-8, 96-101, 103-108, 164, 181-183.
8. Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, París, 1999, <http://unesdoc.unesco.org/ulis/ged.html>, pp. 6, 12, 15, 23, 36, 41-42.
9. Rodríguez, Jorge. *Fundamento de las políticas públicas*, en La familia en Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed. Santiago de Chile, 1993, pp. 277-282.
10. Solano Solano, Mario. *Conciencia cotidiana y aparatos de hegemonía*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco, México, 1992, pp. XIV-XVIII, 25-32.

11. Torche, Arístides. *Políticas sociales públicas y decisiones individuales*, en La familia en Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 2ª. ed. Santiago de Chile, 1993, pp. 283-289.
12. Touraine, Alan *¿Cómo salir del liberalismo?* Paidós, México, 1999, pp. 33, 95-111, 113-123.
13. Zemelman, Hugo. *Homogeneización y pérdida de la subjetividad en la globalización*, en Heinz Dieterich (coord) Globalización, exclusión y democracia en América Latina, Joaquín Mortiz, 1ª. reimp. México, 1997, pp. 99-112.
14. Zemelman, Hugo. *Conversaciones didácticas. El conocimiento como desafío posible*, Editorial Educo, Neuquén, Argentina, 1998, pp. 13-59, 63-89.
15. Zemelman, Hugo. *La historia se hace desde la cotidianidad*, en Heinz Dieterich (coord) Fin del Capitalismo Global, Espiral Editora, México, 1999, pp. 209-223.
16. Zemelman, Hugo. Conferencia magistral *Método y Sujetos Sociales en América Latina*, sustentada en el Primer Simposio sobre Método y Sujetos Sociales en América Latina en el marco del programa doctoral tutorial en Ciencias Políticas y Sociales con sede en el Centro Universitario de Los Altos de la Universidad de Guadalajara y la Zona Sur de la Universidad Autónoma de Sinaloa, realizado en Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México, del 12 al 14 de abril del 2000.